

# Vida consagrada y familia

## Huellas de la Trinidad en la Historia

*(Vita consecrata, 20)*

**Subsidio litúrgico**



JORNADA MUNDIAL DE LA VIDA CONSAGRADA  
2 DE FEBRERO DE 2007

## Vida Consagrada y Familia

### *Huellas de la Trinidad en la historia (Vita consecrata, 20)*

Lo decía el viejo relato del Génesis respecto de la creación del hombre: no es bueno que el hombre esté solo. Nada de esto se dice del resto de las criaturas que igualmente salieron de las manos creadoras del mismo Dios. Pero el hombre, dentro de su perfección frente a los demás seres, fue encontrado con esta carencia, con un algo que le distanciaba de su Creador: la soledad, o mejor dicho, la solitariedad. Y así Dios creó a la mujer como la compañía adecuada, en cuya unidad de los dos, podían ser la imagen y semejanza de Dios amor.

Efectivamente, no era una cuestión psicológica la que Dios quiso remediar como si tan emotivo motivo le hubiera forzado a crear al varón y a la mujer. Lo que estaba en juego, lo que era antes y más principal, era que Dios mismo no era solitariedad, sino comunión amorosa de tres Personas. Si el ápice de la creación vivía solitariamente su soledad, podría ser cualquier cosa, pero no la imagen acabada y la semejanza más próxima de ese Dios que era Trinidad.

San Agustín lo dirá muy hermosamente respecto de la Trinidad: la historia amorosa de un eterno Amante (el Padre), hacia un eterno Amado (el Hijo), en un eterno Amor (el Espíritu Santo). Y esta “familia divina”, Santa Trinidad, queda por vocación reflejada en la entraña de lo humano, precisamente por haber sido llamado el hombre y la mujer a esa alta y bella vocación: espejar en su relación la historia amorosa de la comunidad de Dios.

La vida consagrada, como vocación cristiana y eclesial, no queda al margen de ese reclamo vocacional, y también ha recibido su marchamo espejador de estar convocada para reflejar al Señor. Precisamente, una de las notas que caracterizan el ser vocacional de la vida consagrada (salvo particular carisma de radical soledad), es la dimensión comunitaria, sea cual sea su expresión concreta. En definitiva esta vocación cristiana significa ser consagrados por el Señor, con los hermanos que Él da, y para la misión a la que envía en su Iglesia: estas son las tres coordenadas, ser del Señor, con los hermanos y para la misión.

Ya se ve que no basta ser del Señor, ni basta llevar adelante una misión, ni tampoco es suficiente estar hermanos. Son precisas las tres dimensiones que precisamente vehiculan y explicitan esta vocación eclesial: la consagración, la comunión y

la misión. Por eso, hay un elemento “familiar” que hace de gozne en esa tríada: ser hermanos desde Dios y para la salvación del mundo. Si la dimensión comunitaria no bebe de la pertenencia al Señor y si no se hace luego testimonio de amor, estaremos ante otro tipo de comunidad, pero no ante la que supone una huella de la Trinidad en la encrucijada de la historia.

La comunión sabe de perdón, de complementariedad, de misericordia, sabe a lo que sabe Dios. Al igual que no tendríamos Trinidad sin ese Padre que ama al Hijo en el Amor, tampoco tendríamos el testimonio de la vida consagrada como una huella trinitaria en la historia, si no reflejase en su comunión fraterna, la pertenencia a Dios y la misión carismática que se le confió. Esta es la familia de la vida consagrada. Esta es la familia de Dios que desde un carisma concreto, continúa en el tiempo lo que tuvo origen en la gracia que Dios regaló a su Iglesia a través de un fundador.

**✠ Jesús Sanz Montes, ofm**

*Obispo de Huesca y de Jaca*

*Presidente de la C.E. para la Vida Consagrada*

# Fiesta de la presentación del Señor

## MONICIÓN DE ENTRADA

Nos reunimos hoy para celebrar la fiesta de la Presentación de Jesús en el Templo, hecha por María y José.

En este mismo día, la Iglesia universal, por iniciativa del Papa, mira a la vida consagrada y a cada uno de sus miembros, como un don de Dios al servicio de la humanidad.

Los consagrados y consagradas de nuestra diócesis renuevan hoy su consagración por amor a Cristo. Unidos a ellos, en torno a nuestro Pastor, congregados en una sola familia por el Espíritu Santo, vayamos a la casa de Dios, al encuentro de Cristo. Lo encontraremos y lo conoceremos en la fracción del pan, hasta que vuelva revestido de gloria.

## RENOVACIÓN DE LA CONSAGRACIÓN

[Acabada la homilía, los miembros de los Institutos de Vida Consagrada renuevan su consagración en el seguimiento de Cristo y en la misión de la Iglesia.]

*El Celebrante:*

Hermanos y Hermanas:

En esta fiesta de la Presentación de Jesús en el templo, os invito a todos a agradecer conmigo al Señor el don de la vida consagrada, que el Espíritu ha suscitado en la Iglesia. Vosotros, aquí presentes, consagrados al servicio de Dios, en una gran variedad de vocaciones eclesiales, renováis vuestro compromiso de seguir a Cristo casto, pobre y obediente, para que, por medio de vuestro testimonio evangélico, la presencia de Cristo Señor, luz de los pueblos, resplandezca en la Iglesia, e ilumine al mundo.

*(Todos oran en silencio durante algún tiempo)*

*El Celebrante:*

Bendito seas, Señor, Padre Santo porque en tu infinita bondad, con la voz del Espíritu, siempre has llamado a hombres y mujeres, que ya consagrados en el Bautismo, fuesen en la Iglesia signo del seguimiento radical de Cristo, testimonio vivo del Evangelio, anuncio de los valores del Reino, profecía de la Ciudad última y nueva.

*Cantor:* Gloria a Ti, por los siglos.

*Asamblea:* Gloria a Ti, por los siglos.

(I) *Lector 1º:*

Te glorificamos, Padre, y te bendecimos, porque en Jesucristo, tu Hijo, nos has dado la imagen perfecta del servidor obediente: Él hizo de tu voluntad su alimento, del servicio la norma de vida, del amor la ley suprema del Reino.

*Lector 2º:*

Gracias, Padre, por el don de Cristo, hijo de tu Sierva, servidor obediente hasta la muerte. Con gozo confirmamos hoy nuestro compromiso de obediencia al Evangelio, a la voz de la Iglesia, a nuestra Regla de vida.

*Asamblea:* Gloria a Ti, por los siglos.

(II) *Lector 1º:*

Te glorificamos, Padre, y te bendecimos, porque en Jesucristo, nuestro hermano, nos has dado el ejemplo más grande de la entrega de sí: Él, que era rico, por nosotros se hizo pobre, proclamó bienaventurados a los que tienen espíritu de pobre y abrió a los pequeños los tesoros del Reino.

*Lector 2º:*

Gracias, Padre, por el don de Cristo, hijo del hombre, paciente, humilde, pobre, que no tiene dónde descansar la cabeza. Felices, confirmamos hoy nuestro empeño de vivir con sobriedad y austeridad, de vencer el ansia de la posesión con el gozo de la entrega, de utilizar los bienes del mundo por la causa del Evangelio y la promoción del hombre.

*Asamblea:* Gloria a Ti, por los siglos.

(III) *Lector 1º:*

Te glorificamos, Padre, y te bendecimos, porque en Jesucristo, hijo de la Virgen Madre, nos diste un modelo supremo de amor consagrado: Él, Cordero inocente, vivió amándote y amando a los hermanos, murió perdonando y abriendo las puertas del Reino.

*Lector 2º:*

Gracias, Padre, por el don de Cristo, esposo virgen de la Iglesia virgen. Felices confirmamos hoy nuestro compromiso de tener nuestro cuerpo casto y nuestro corazón puro, de vivir con amor indiviso para tu gloria y la salvación del hombre.

*Asamblea:* Gloria a Ti, por los siglos.

*El celebrante:*

Mira bondadoso, Señor, a estos hijos tuyos y a estas hijas tuyas: firmes en la fe y alegres en la esperanza, sean, por tu gracia, un reflejo de tu luz, instrumentos del Espíritu de paz, prolongación entre los hombres de la presencia de Cristo. Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

*Asamblea: (Cantando)* Amén, amén, amén.

## PRECES

[A las preces completas de la Solemnidad, se propone añadir estas tres específicas]

- Por todos los jóvenes, para que sean capaces de reconocer las huellas de Dios en su historia personal. *Roguemos al Señor.*
- Por los religiosos, los miembros de institutos seculares y de nuevas formas de vida consagrada, por el orden de las vírgenes, por cuantos han recibido el don de la llamada a la consagración, para que sintiéndose pertenecientes al Señor, sean auténticos testigos ante el mundo. *Roguemos al Señor.*
- Por las familias, para que sean la tierra buena donde pueda germinar la semilla del Evangelio y las vocaciones. *Roguemos al Señor.*
- Por quienes estamos participando en esta celebración de acción de gracias por la vida consagrada, para que todos seamos uno y el mundo crea en nuestro único Salvador. *Roguemos al Señor.*

## Huellas de la TRINIDAD en la historia...

*...más aún, epifanía del amor fecundo de la Trinidad...  
espacio humano habitado por la Trinidad (VC 41)*

Nunca había mirado a mi familia bajo este prisma y creo que la define maravillosamente bien. Dios se ha desbordado sobre ella con una generosidad impresionante. Como son, siempre, las cosas de Dios.

Todo comenzó hace 41 años con el amor que dos jóvenes se prometieron en medio de muchas dificultades y obstáculos humanos muy reales. Mis padres son un milagro de lo que es capaz de hacer el sacramento del Matrimonio en unos esposos. En ellos, como en sus seis hijos, el AMOR venció la batalla.

Mi casa era una casa llena de Dios.

Dios quiso, por pura iniciativa suya, “habitarlos”. ¡Y... de qué modo! Y no porque fuéramos nada extraordinario. ¡No! De hecho podemos decir con el autor sagrado que “donde abundó el pecado sobreabundó la gracia” (Rm 5, 20) Tal vez, porque humanamente hablando, no había esperanzas, el Señor tuvo que hacerse presente de un modo particularmente VIVO: ¡Dios acampó entre nosotros, de forma permanente, en nuestra hermana Ana! Ella era el ángel de la familia; la mirábamos y no veíamos más que a Dios: unas veces transfigurado y otras crucificado, pero era DIOS.

Ana era de esos niños a los que hoy en día con una simple amniocentesis no se les da permiso para vivir, sencillamente se les elimina bajo el falso pretexto de la “calidad de vida”. Y, sin embargo, durante 23 años de gracia, ella hizo posible que nuestra familia fuera una “epifanía” del amor fecundo de la Trinidad, ella fue el canal por el que el Dios, Uno y Trino, pudo poner su huella en todos nosotros.

¿Cómo fue posible esto que afirmo desde la experiencia? Porque, de la manera más espontánea y natural, el Señor nos zambulló en la lógica del AMOR TRINITARIO, en la lógica que, como dirían los teólogos, determina la esencia de Dios, su perijóresis: la lógica de la GRATUIDAD en la donación y acogida total del amor.

Ana nos enseñó la esencia ontológica del Dios Trinidad: **el AMOR**. –Esencia, así mismo, por participación, de toda vida consagrada y, muy en concreto, de la fisonomía más profunda del núcleo familiar–. Ella no supo hacer otra cosa más que amar

y acoger todo el amor del que era objeto. Nadie puede imaginarse cómo el Señor a través de una personita, que a juicio de muchos no merecería vivir, nos introdujo en la dinámica del amor más auténtico, ese amor del que gozan eternamente el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; una dinámica que contemplamos extasiados en el misterio de la Trinidad como “acogida-don-abrazo”.

Jamás ví en mis padres una señal de disgusto, ni escuché una queja, una protesta. Al contrario, del modo más sencillo, aprendimos a amar el Amor Crucificado que se nos regalaba, aprendimos a disfrutar de ella y con ella, a dejar que Dios derramara su amor y su gracia a través de sus ojos, de su sonrisa, de su llanto, de sus balbuceos... Dios se hacía carne y se dejaba abrazar y, ¿por qué no decirlo?, se dejaba “achuchar” y, al abrazarlo, nos adentraba en su misterio de amor.

Mis padres a pesar de sus debilidades y dificultades supieron apostar por el Dios de la Vida que hace posibles todos nuestros imposibles. Su fe fue más fuerte que todas las pruebas y oscuridades. En muchos momentos, pudieron experimentar que casi la esperanza se agostaba pero, ocasión tras ocasión, Dios era más fuerte y el Amor siempre tenía la última palabra.

Creo que mi familia es una huella más –de las muchas que, ¡gracias a Dios!, hay en el mundo– de la Trinidad. Nosotros hemos podido experimentar el poder reconciliador de la gracia que destruye las fuerzas disgregadoras que se encuentran en el corazón humano y hemos podido comprobar que la participación en la comunión trinitaria puede transformar las relaciones en una nueva oportunidad para el perdón y para el amor. En realidad, es verdad que la familia puede llegar a ser misterio de comunión, como la Iglesia, como la vida consagrada, configurándose como espacio humano habitado por la Trinidad, la cual, si nos abrimos, derrama en la historia, en nuestra historia, los dones de la comunión que le son propios a las Tres Personas divinas (cf. VC 41-42).

*“Cada vez que sentía una nueva vida latiendo en mis entrañas, me llenaba de estupor y de asombro agradecido, entonces me dirigía a Dios diciéndole: esta vida que has hecho posible en mí, te pertenece, este hijo es tuyo, te lo consagro...”*

Esta oración que mi madre elevaba en cada uno de sus embarazos parece que llegó a oídos del Señor y en nuestro caso se cumplen aquellas palabras del profeta Jeremías: “Antes que salieras del seno materno, te consagré...” (Jr 1, 5) Dios, que siempre toma la iniciativa, siguió dejando milagrosamente su HUELLA en todos nosotros llamándonos al seguimiento más cercano de su Hijo. Cada vez que nos reunimos todos, curiosamente, –y es que la Trinidad es creativa y creadora–, una variedad y riqueza de vocaciones se dan cita como modos diferentes de seguir viviendo en aquella lógica del Amor Trinitario que aprehendimos en nuestro hogar:

- Mi hermano Nicolás es célibe en un movimiento laical llamado “Seminario del Pueblo de Dios”.
- Mi hermana Pilar, vive escondida con Cristo en Dios desde su vocación de contemplativa, haciendo de su vida una alabanza continua a la Trinidad Santísima en uno de los monasterios de las Hermanitas de Belén y Nuestra Señora de la Asunción.
- Mi hermano Kiko es misionero claretiano y recorre los caminos del mundo anunciando la Palabra de Dios.
- La benjamina, Manoli, es gen en el movimiento de los Focolares.
- Y yo soy una mujer profundamente feliz porque el más hermoso de los hijos de los hombres me ha enamorado y me ha llamado a vivir la consagración en secularidad dentro de un Instituto Secular, prolongando la Maternidad espiritual de María en medio de todas las situaciones.

Elevo, por todo lo compartido, mi confesión de Fe:

¡**Creo** que la familia, que la vida consagrada pueden llegar a ser una epifanía del amor fecundo de la Trinidad, **creo** que pueden llegar a ser espacios humanos habitados por el Dios, Uno y Trino; y **creo** que son, por gracia, **huellas de la Trinidad en la historia, en nuestra historia!**

**Carolina Sánchez**

*Filiación Cordimariana, I.S.*

*«La vida consagrada se convierte en una de las huellas concretas que la Trinidad deja en la historia, para que los hombres puedan descubrir el atractivo y la nostalgia de la belleza divina.»*

*(Vita consecrata, 20)*

## Testimonio

Berta ¿Por qué Esclava del Divino Corazón?

Porque Dios quiere, sin ninguna duda. Esa pregunta me gustaría hacérsela a Él porque seguro que lo tiene más claro y puede responder mejor que yo.

La verdad es que es una pregunta difícil de contestar porque por un lado creo que tendría que contar toda mi vida, todo lo que he vivido me ha ayudado a estar donde estoy hoy. Y por otro lado, porque la respuesta la encuentro en lo más profundo de mí, y ahí es muy difícil poner palabras o intentar explicar algo. No obstante, lo intentaré.

Mi infancia la recuerdo muy normal, mi familia no es muy religiosa pero a ellos les debo mucho de lo que soy y sobretodo, ellos son mi primera experiencia del amor de Dios. En el “cole” era una más. Estudie con las “esclavas” pero en ningún momento se me paso por la cabeza el serlo. Yo pensaba en hacer una carrera, casarme... vamos, lo normal.

Y estaba en ello, cuando ya en la universidad, estudiando Farmacia, nos propusieron en los grupos universitarios de fe, que había en el colegio, ir a Venezuela durante el verano, a un voluntariado en una escuela. Y a mí como eso de ayudar me gustaba me fui. Mi intención era echar una mano. Pero esta claro que resultó ser mucho más. Además de lo que fue el contacto con otra realidad y sobre todo con la gente, que me enseñó mucho. Allí viví 3 cosas que me ayudaron y me siguen ayudando, a descubrir al Señor en mi vida y mi vocación. Creo que fue fundamental: dedicar un rato, en silencio, a recoger el día, el poder compartirlo con el grupo con el que iba y el hablar de una manera más personal con la responsable que nos acompañaba. Todo esto, luego, lo continúe a la vuelta.

La vuelta, me costó porque era volver a lo de siempre sin ser la de siempre. Me había cambiado la manera de ver las cosas, ya no me conformaba con mi pequeño mundo, ni con vivir en la superficie. Así empezaron a surgirme muchas preguntas e inquietudes vitales y de fe que hasta ese momento no me había planteado. Y en ese jaleo existencial, caí en la cuenta, que tenía mi vida en mis manos, que podía elegir hacer con ella muchas cosas, pero que quería contar con Dios, quería que fuera alguien importante en mi vida, y compartirlo con otros y que otros tuvieran la misma experiencia que yo había tenido.

Y así, poco a poco, empezó a colarse, la idea de la vocación religiosa. Al principio como una locura, fruto del impacto en Venezuela, pero por mucho que quería quitármela de la cabeza, por mucho que intentaba convencerme que no era para mí o que no hacía falta ser monja, para que el Señor fuera importante en mi vida o para echar una mano a la gente...

Pero nada, la idea no se me iba, al contrario cada vez me gustaba más la idea, creo que el Señor cuando se propone algo es muy insistente. Como hablaba con una religiosa ella me ayudo a aclararme, a ir descubriendo lo que de verdad yo quería, a pesar de mis miedos, de mis enredos, contradicciones... Y al final, después de dos años pensándolo, el Señor me ganó y entré en la Congregación.

La verdad es que recuerdo esta etapa como una etapa muy bonita. No fue fácil pero yo estaba contenta. Una vez escuché que el Señor es un conquistador, estoy de acuerdo, no sé cómo, pero conquista. Si yo entré en la Congregación y ahora soy Esclava del Divino Corazón es por eso. No sé cómo, pero a través de lo que voy viviendo, el Señor me atrae y aunque a veces me sigo resistiendo y pongo dificultades, al final me vuelve a ganar y vuelvo a descubrir que experimentar y anunciar su amor, que es la misión de la congregación, es lo mas bonito que puedo hacer en la vida.

Ahora cuando miro atrás, tengo claro que no soy yo la que cuento con Él sino que es Él, el que desde el principio contaba conmigo, que es Él el que desde siempre se ha tomado en serio mi vocación. Y ahí estoy, sigo buscando mi vocación y sigo descubriéndola porque me sigue atrayendo, eso sí, poco a poco, y a su manera.

**Berta Maya**

*Esclava del Divino Corazón*

*«Pertener totalmente a Cristo quiere decir arder con su amor incandescente, quedar transformados por el esplendor de su belleza: nuestra pequeñez se le ofrece como sacrificio de suave fragancia para que se convierta en testimonio de la grandeza de su presencia para nuestro tiempo, que tanta necesidad tiene de quedar ebrio por la riqueza de su gracia. Pertener al Señor: esta es la misión de los hombres y mujeres que han optado por seguir a Cristo casto, pobre y obediente, para que el mundo crea y se salve.»*

(BENEDICTO XVI, Audiencia a los Superiores y Superiores Generales de los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica, 22 de mayo de 2006)

## La familia: esa escuela de amor

Son muchas las dificultades que un joven encuentra en su camino hacia el sacerdocio o a la vida consagrada: a unos les hace vacilar la duda, a otros les pesa la incomprensión de la familia o amigos, hay a quienes una sociedad alicorta y hedonista enfría los deseos.

A esta lista de obstáculos, nuestro hermano Luis, ordenado sacerdote hace unos meses, ha añadido uno que no está inventariado en ninguna historia vocacional. Nos lo contó él mismo cuando su cantamisa. Empezaba a adivinar la llamada al sacerdocio. Había conocido a los primeros discípulos de los Corazones de Jesús y María, que daban inicio por aquel entonces a su andadura como instituto religioso. Le parecía que por allí habrían de dirigirse sus pasos.

Pero hete aquí que uno de sus hermanos mayores, Juan Antonio, se le anticipa y da una noticia sonada: en unos meses entrará al Noviciado de los Discípulos. Se le hacía a Luis incompatible que dos de la misma casa fueran destinados al mismo lugar. Si había sitio en los Discípulos para uno de la familia, acababan de quitárselo bonitamente.

La traba se deshizo en menos de un año cuando le tocó el turno a José de anunciar una misma llamada. “Puestos a admitir a dos”, razonó Luis con infalible lógica, “tanto daba dejar entrar a un tercero”. La desalentadora piedra había sido removida sin esfuerzo alguno de su parte. De todas formas, para disipar cualquier vacilación, Carlos, el cuarto en edad, dijo al año siguiente que se unía él también al Noviciado.

La ordenación del último de la saga nos mueve a ofreceros este pequeño testimonio de sacerdotes en racha. ¿Por dónde empezar? ¿Qué contar de nuestra llamada que pueda ayudar a otros a ver más claro? ¿Habría que narrar el proceso de nuestro discernimiento? ¿Proclamar que nunca nos hemos arrepentido, a pesar de las dificultades y el peso de nuestra propia miseria?

Más verdadera se presentaba otra ruta. Resulta que para nosotros, la llamada a la vida consagrada se aúna con la historia de un sufrimiento, el de nuestra madre María Antonia, fallecida hace ahora ocho años. Hemos contado su historia en un libro, “María Antonia, el corazón de una familia”, en el que el horizonte vocacional queda vinculado radicalmente al horizonte familiar.

Cuando diagnosticaron a mi madre aquel furioso cáncer habíamos entrado ya los cuatro en el noviciado. No es, por tanto, que su sufrimiento nos ayudara a discer-

nir el camino. Ocurrió, eso sí, que a su luz lo comprendimos mejor: la historia de nuestra vocación es una historia de vocación familiar.

Daba una vez mi padre una charla sobre la vocación en la familia, y alguien le preguntó por el secreto, la fórmula mágica que tenía para que, de siete hijos, cuatro salieran curas. La respuesta vino en forma de broma. “Por las noches, cuando dormían, me acercaba a cada uno de ellos y les decía bajito, al oído: tÚ, discípulo, discípulo”. Enseguida aclaraba mi padre que no hubo ningún adoctrinamiento subliminal. Tampoco charlas abiertas, ni deseos expresados en voz alta de que alguno acabáramos en el seminario.

Pero tenía el chiste de mi padre un grano de verdad. Hubo otras palabras que sí nos repitió con insistencia. Era en los fines de semana, cuando la familia escapaba de un frenético Madrid a la casa de campo de mis abuelos. Antes de la cena había espontánea convocación a un rato de oración familiar. Tomaba entonces mi padre un nuevo testamento, un Nácar Colunga de tapas azules y algo raídas que todavía andará por allí. Ya sabíamos el pasaje que iba a buscar y que nos hacía repetir hasta que acabamos aprendiéndolo de memoria. “Si no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe... La caridad es paciente, es servicial, no se hincha...”

Si hubo sentencias que se colaron por la trastienda del alma para sugerirnos la vocación, hubieron de ser las de este himno al amor de San Pablo. Las desgrano otra vez en la memoria poniendo como trasfondo distintas horas de nuestra vida familiar. Evoco el cariño de nuestros padres, que combinaban con una exigencia flexible; recuerdo los momentos de fiesta y los días rutinarios de colegio y trabajo; la alternancia de juegos fraternales y peleas un tanto fraticidas; las discusiones enjugadas luego en el perdón o la sonrisa. Allí las frases del Apóstol habían encontrado su traducción en vida, traducción imperfecta pero sin duda fiel. La trama misma familiar era su mejor exégesis.

Más que nunca tomaron cuerpo aquellas palabras durante la enfermedad de nuestra madre. “Ahora quedan estas tres: la fe, la esperanza, el amor”. Y estas tres quedaban, agazapadas allí a los pies de su cama de enferma, dando a la vida dimensiones más grandes, abriendo horizontes donde las radiografías solo veían avanzar el desorden destructivo del cáncer. “La caridad no pasa nunca”. Lo testimoniaba el valor de María Antonia para mirar cara a cara a la muerte, aunque fuera con los ojos en lágrimas por la forzosa separación.

Cuando en una familia se vive la gracia de una vocación al sacerdocio, tiene que ser porque antes se ha vivido otra, más radical por más a las raíces. En el hogar cristiano se aprende la definición verdadera del amor. La vida es al mismo tiempo un regalo y una llamada a la entrega. Está abierta por esencia a que en ella quepan otros y, por esa apertura, se hace fecunda. El derroche de alegría que esta vida procura

explica otro derroche, el de la vida sacerdotal puesta al servicio de Dios y los hermanos.

De amor se habla mucho. Las frases de San Pablo podrían usarse incluso para una canción moderna de música pop. Pero entender esas palabras, lograr que calen hondo y muestren su fuerza y verdad... eso es tarea reservada a la familia. Puede que el Señor no llame a la vuestra a que de ella salgan cuatro sacerdotes. Os pide sin duda que se custodie allí el hondo secreto de que la vida es vocación.

**P. Juan Antonio Granados García dcjm**  
**y P. José Granados García dcjm**

*«Transmitir la fe a los hijos, con la ayuda de otras personas e instituciones como la parroquia, la escuela o las asociaciones católicas, es una responsabilidad que los padres no pueden olvidar, descuidar o delegar totalmente. “La familia cristiana es llamada Iglesia doméstica, porque manifiesta y realiza la naturaleza comunitaria y familiar de la Iglesia en cuanto familia de Dios. Cada miembro, según su propio papel, ejerce el sacerdocio bautismal, contribuyendo a hacer de la familia una comunidad de gracia y de oración, escuela de virtudes humanas y cristianas y lugar del primer anuncio de la fe a los hijos” (Catecismo de la Iglesia Católica. Compendio, 350). Y además: “Los padres, partícipes de la paternidad divina, son los primeros responsables de la educación de sus hijos y los primeros anunciadores de la fe. Tienen el deber de amar y de respetar a sus hijos como personas y como hijos de Dios... En especial, tienen la misión de educarlos en la fe cristiana” (Catecismo de la Iglesia Católica. Compendio, 460).*

(BENEDICTO XVI, *Encuentro con las familias*, Valencia, 8 de julio de 2006)

**Editorial EDICE**

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA